

VIAJE A MOMBELTRÁN Y ARENAS DE SAN PEDRO (ÁVILA)

Ricardo Hernández Megías, 16 enero de 2012



Urna con los restos de San Pedro de Alcántara

La fría mañana del jueves 12 enero arrastra agujas de hielo cuando salgo de mi casa camino de una nueva aventura viajera. El termómetro marca dos grados bajo cero y en la televisión he escuchado las distintas temperaturas del territorio nacional, fijándome con detenimiento en la provincia de Ávila, lugar al que pretendemos llegar en esta fresca mañana: tres grados bajo cero y tiempo soleado. ¡Bueno (me digo a mí mismo), dentro de lo malo tenemos suerte!

La idea del viaje ha partido ¡cómo no! del incasable enreda que es mi amigo Antonio Dávila, Presidente de la Asociación de Amigos del Camino Real de Guadalupe, que quiere visitemos y recorramos parte del camino peregrino que desde las sierras de Ávila cruza las sierras de Gredos –ahora nevadas en sus cimas más altas– y desemboca en el

monasterio de la patrona de Extremadura y de las Españas, así como el hacer una visita al Hospital de Peregrinos de Mombeltrán –ahora en fase de restauración y, naturalmente, visitar el convento de los franciscanos , a las afueras del pueblo, donde se guardan los restos del santo y lugar de paseo y peregrinación de los lugareños—. ¿A que dicho así parece una idea genial y enriquecedora? Pues vamos a ir relatando las distintas peripecias ocurridas durante tan ajetreada mañana.

Cuando salgo de mi casa para coger el Metro hasta Alonso Martínez donde hemos acordado reunirnos para emprender la marcha a las nueve de la mañana, el día me recibe en el portal de mi casa con una bofetada de aire fresco que sutilmente baja de la sierra madrileña (el aire fresco de Madrid no apaga un candil pero hierde como una daga bien afilada). Sin embargo, el cielo se me presenta sin una sola nube, por lo que mi ánimo se estabiliza al saber que el tibio sol de invierno que a estas horas se despierta por oriente podrá vencer los inconvenientes del mañanero frío. A las nueve en punto, los cuatro intrépidos excursionistas emprendemos la marcha en el raudo automóvil del culpable de la madrugada.



Vista del Puerto de Guadarrama o del León

La amena charla de José María, Antonio Trialaso y Antonio Dávila hacen que el camino sea corto hasta alcanzar el túnel del Puerto de los Leones, del León, o Puerto de Guadarrama, que así es conocido el puerto que separa la provincia de Madrid de la de Segovia y en el que durante la guerra civil se produjeron sangrientos enfrentamientos antes de la toma de Madrid. Por la carretera N-110, por entre pastizales serranos donde pacen hermosas vacas avileñas que ponen un punto bucólico en el paisaje, nos acercamos a las soberbias murallas de la hermosa y recoleta ciudad de Ávila. Antonio Dávila, culo inquieto y gran “degustador” de todos los conceptos culturales que puedan pensarse, no quiere que pasemos bordeando la ciudad y nos introduce en el casco histórico para que podamos disfrutar de las hermosas estampas de una ciudad anclada en la historia.

Un paseo rápido por una ciudad muy conocida y querida por quien estos apuntes pergeña, rememora otros tiempos ya olvidados en los que la juventud y la falta de problemas acuciantes era el principal tesoro que poseíamos en nuestro corto y agitado currículum bullanguero.



Catedral fortaleza de Ávila

A la altura del puente sobre el río Adaja, afluente del Duero que bordea la bella ciudad medieval, esperamos la incorporación del último de los excursionistas en este viaje de placer y cultura: Pepe, pintaflechas del viejo y hoy concurrido camino de Santiago, junto a su amigo José María, habitante de un pueblo de Ávila, que nos acompañará durante todo el trayecto. A pocos kilómetros de la vieja ciudad castellana abandonamos la carretera nacional 110 para introducirnos, a través de la carretera N-502 en parajes de ensueño conforme nos acercamos a las “Cinco Villas” que forman los pueblos de: Cuevas del Valle, Villarejo del Valle, San Esteban del Valle, Mombeltrán (la capital), y Santa Cruz del Valle, que, en mi humilde opinión, todos juntos, forman un bello panorama de colorido andaluz, por la blancura de sus caseríos. Otra cosa sería hablar de sus irrepetibles paisajes serranos, únicos e incontrovertibles en el panorama nacional. Es un verdadero paraíso al que aconsejamos acercarse con sentidos de la vista, del olfato y del oído bien atentos a todo lo que acontece.

Los continuos valles que se suceden a lo largo del trayecto nos enseñan sus peculiaridades y nos hacen recordar otros viajes, durante la primavera, con las praderas reverdecidas en verdes topacios por la fina hierba que da un sabor especial a la carne de sus vacas, al mismo tiempo que nuestros ojos quedan prendidos en el follaje de los centenarios fresnos que por doquier se levantan majestuosos, como queriendo

contrarrestar las peladas cumbres de sus montes, en donde únicamente es capaz de resistir los fríos invernales las arrogantes encinas, alcornoques y charnegas. Mucho más alto, recortando un cielo muy alto y azul, se divisan los picos nevados de las sierras de Gredos, creando, todos juntos (sierras, valles, ríos, arboleda y picos nevados) un microclima único, bien trabajado y explotado por los agricultores y ganaderos de la zona.

Pero aun queda tiempo para llegar a nuestro destino. Conforme avanzamos por la bien asfaltada carretera, vamos descubriendo nombres de pueblos serranos tan curiosos como: Salobral, Solosancho, Robledillo, La Hija de Dios, Mengamuñoz, etc. nombres que nos llevan a reflexionar sobre su arquitectura, las posibles peculiaridades de sus vecinos, etc., en un adorno intelectual que nos tendrá entretenidos hasta que la voz autoritaria del conductor, es decir de Antonio Dávila, nos saca de nuestras cavilaciones y ordena un parón en *Casa Alfonso*, un pequeño bar restaurante en el borde de la carretera regentado por el alcalde del pueblo de Mengamuñoz. Un buen café y unos riquísimos mantecados de almendra son suficientes como para seguir la marcha con renovados bríos.



Antonio Dávila saliendo del bar con el resto de la caja de mantecados

La cinta de la carretera se va ondulando conforme alcanzamos altura y vamos viendo las antiguas Ventas, aún hoy muchas de ellas abiertas, cuyos nombres son tan llamativos como: la destruida Venta de Santa Teresa, Venta del Obispo, Venta Rasquilla, Venta La Rasca y Venta San Miguel, junto a la fuente de Los Romeros, al tiempo que vamos alcanzando el primer objetivo marcado por nuestro guía: el Puerto del Pico que alcanza una altura de 1.391 metros, límite natural entre los Macizos de la Sierra de Gredos y el Macizo de Oriental, así como divisoria entre las cuencas de los ríos Tiétar y Alberche. Desde tan

importante mirador, teniendo a nuestras espaldas el impresionante pico del Torozo (2.026 metros), podemos contemplar ensimismados las maravillosas vistas que se nos regalan, entre ellas el Barranco de las cinco Villas, abierto hacia el río Alberche.

Pero no hemos llegado hasta aquí, según el criterio de nuestro guía, para engolfarnos mirando tan bellos parajes. Su previsión es que hagamos la bajada caminando por la vieja calzada romana que desde el mismo Puerto del Pico se desprende, con un desnivel medio del 15 % hasta el primer pueblo que forman las Cinco Villas: Cuevas del Valle.



Calzada romana que baja desde el Puerto del Pico hasta Cuevas del Valle (al fondo)

El recorrido son unos cinco o seis kilómetros que suponemos podremos hacerlos en una hora y cuarto, dadas las dificultades que acarrea el caminar durante todo el trayecto sobre un suelo tan irregular y sin ningún lugar para el descanso de los maltratados pies de los tres voluntariosos caminantes que nos atrevemos hacerlo, mientras la pareja restante se adelanta para resolver problemas de coberturas en futuros viajes que pensamos realizar.



Mojón con la distancia a Madrid desde el Puerto del Pico

El paisaje es grandioso y hay un momento en que al mirar hacia atrás, contraponemos dos estampas de dos tiempos tan alejados entre sí, pero con un mismo proyecto: vencer a la arisca montaña y poder marcar nuevas rutas para el transporte de hombres y de mercancías. Por una parte, caminamos asombrados sobre dos mil años de historia, en un afán, por aquellos forzados soldados romanos de abrir nuevas vías de unión con otros puntos vitales de Hispania, desde la gran Emérita Augusta, como lo pueda ser en este caso Cesaraugusta (Zaragoza), en el lado Este de la península. Por otra parte, mucho más moderna pero no menos impresionante, el vuelo de la nueva autovía sobre el “tajo” que forman dos altas sierras, y que resuelven las dos, calzada y viaducto, un problema de comunicación, tanto en aquellos lejanos tiempos como en estos modernos.



Estampa de dos tiempos muy lejanos: la calzada y el vuelo de la autovía sobre el barranco

Con los pies doloridos por la dureza de la calzada pero con los espíritus saciados de tanta belleza como se nos ofrece en el camino, los tres viajeros vamos alcanzando el final de la calzada, conforme ésta se adentra por el pueblo de Cuevas del Valle, típico pueblo de la sierra de Gredos. Mi primera sorpresa la recibo nada más acercarme a las primeras casas del pueblo; al fondo de un callejón sin salida, en lo alto de un pequeño cerro de tierra echadiza, escoltado por una frondosa madroñera en estos momentos llena del apetitoso fruto, se alza solitario y abandonado el Rollo de piedra que debería ser el elemento más representativo del pueblo, pues él significa el símbolo de su emancipación como Villa, así como el poder impartir justicia por parte de sus autoridades. Después, conforme pasamos por otros pueblos de la comarca, observamos otros Rollos desplazados de los centros urbanos, como si molestaran o no tuvieran ningún valor para sus habitantes.



El Rollo de Cuevas del Valle

Después de disfrutar durante unos momentos del bello entorno del pueblo y de las abundantes aguas que lo atraviesan, partimos hacia el segundo punto de encuentro de este interesante viaje turístico cultural por tierras abulenses. Con los altos picos de las sierras de Gredos blanqueadas por las primeras nieves del año, entre frondosos bosques de alisos en invernada y disfrutando de la cantarina voz de las agua de las abundantes fuentes del entorno (¡cuánta agua hay en estas desconocidas sierras!), nos vamos acercando a la capital de la comarca: Mombeltrán, conocida en siglos pasados con el nombre de Colmenar de Pascual Peláez de las Ferrerías, perteneciente al alfoz de Ávila. Durante los años de 1423 a 1430 fueron tierras de Señorío pertenecientes a Don Juan, Infante de Aragón y rey de Navarra, padre del Príncipe de Viana y de Fernando el Católico, para pasar después, durante los años 1430 a 1453 a ser tierras de Señorío de don Álvaro de Luna, con el nombre de Colmenar de Arena, y a la muerte por ajusticiamiento de éste pasó a propiedad de su viuda doña Juana de Pimentel, hasta 1461.

Desde esta fecha, pasó a poder de don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, que fue quien le puso el curioso nombre de Mombeltrán, famoso personaje al que se le imputa ser el padre de doña Juana de Castilla, hija de Enrique IV, “El Impotente”, que ha pasado a la historia con el sobrenombre difamatorio de “La Beltraneja”, hasta 1812, en que los Señoríos jurisdiccionales pasaron a la Corona. Con Felipe V primer rey de la Casa de Borbón son derogados los privilegios de la Villa, en 1728, quedando definitivamente con el nombre actual. En 1785 pasa a depender la villa de Talavera de la Reina, hasta 1833 en que la nueva reforma territorial promovida por Javier de Burgos y aprobada por

las Cortes, pasa a ser partido de Arenas de San Pedro, en la provincia de Ávila.

Mombeltrán es una Villa con un gran pasado y un prometedor futuro en lo que al turismo se refiere. Callejear por sus calles y sus plazas es un verdadero placer que vuelve a retrotraernos a unos tiempos muy lejanos, como bien nos señalan las torres de su soberbio castillo, construido por orden del señor de la Villa don Beltrán de la Cueva, hoy en perfecta fase de recuperación.



Fachada del Hospital de Peregrinos o de San Andrés

En una amplísima plaza castellana con nobles caserones de acomodados labradores donde lucen espléndidas el bordado de las rejerías de sus balconadas, se distingue la bella fachada renacentista del llamado Hospital de San Andrés, fundado en 1517, que con reconstrucciones posteriores has llegado hasta nuestras fechas en muy buenas condiciones, y que nuevamente, por iniciativa del Ayuntamiento de la ciudad, con apoyos de Asociaciones madrileñas pretenden convertirlo en lugar de descanso y de ocio para muchachadas capitalinas. Un hermoso patio interior conserva sus primitivos enlosados que le hacen muy atractivo al viajero. El interior del edificio conserva restos de su edificación original de gran belleza, con robustos basamentos de granito que lo hacen aparecer con una enorme fortaleza. La visita al interior es guiada por un viejo amigo que es quien en estos momentos se encarga de dirigir las obras de recuperación.

Pero antes de esta visita cultural hemos realizado en la misma plaza otra visita, esta vez gastronómica, regada con buenos caldos de la tierra. Efectivamente, frente al mencionado Hospital, Antonio ha reservado mesas en un típico mesón castellano que nos regala una buena comida

casera a base de un buen potaje de alubias, patatas y pencas de cardos. Y uno, que ya tiene sus años y ha pasado por tiempos más estrechos, recuerda su niñez, allá por la Baja Extremadura, donde a falta de otra comida íbamos los muchachos a la busca de las pencas de cardos, tagarninas, cornejas o espárragos, bien para comida familiar o bien para su venta a personas tan necesitadas como nosotros. Curiosamente, el mundo ha dado tal vuelta que lo que en aquellos años era comida de subsistencia para gente muy humilde, hoy, con las nuevas modas y métodos de adelgazamientos para gente pudiente, dichos productos se venden en las grandes superficies comerciales o en los buenos restaurantes a precios astronómicos. Ver para creer.



Típica construcción de adobe y madera de castaño de la zona

Un calculado paseo por las calles del pueblo y un buen café con copa nos insufla energías suficientes como para seguir el camino hacia el tercer y último tramo del camino: Arenas de San Pedro, capital del Valle del Tiétar, perteneciente a las antiguas Tierras de Talavera, o para mejor señalar, el convento de los franciscanos donde están depositados los restos de San Pedro de Alcántara.

La carretera que conduce desde el pueblo hasta la antigua ermita de San Andrés del Monte, convertida en el siglo XVI en pequeña iglesia del convento de los franciscanos, donde muere en fama de santidad fray Pedro de Alcántara y en cuyo altar mayor del convento se conservan sus restos en una dorada urna, es motivo de peregrinación de los habitantes de la zona que utilizan su frescor, bien para el paseo por entre sus altas y tupidas arboledas de gigantescos alisos, o bien para acercarse a rezar al Santo, motivo de veneración y respeto en toda la comarca. Todos los pueblos que conforman las Cinco Villas están impregnados de la personalidad y de la santidad de este humilde monje franciscano de

origen extremeño, cuyos milagros están reconocidos por la iglesia católica y conocidos por los pueblos del entorno.

También nosotros nos acercamos, con todo el respeto que el Santo se merece, hasta el pequeño convento donde descansan sus restos para implorar la concesión de sus favores. Es un lugar indescriptible por su belleza. En una apertura de su tupida arboleda, junto a un pequeño riachuelo de límpidas y cristalinas aguas, en un cuidadísimo prado adornado de gigantescos castaños, se levanta la fábrica de granito que forma la fachada de la iglesia y del convento. Es un bello rincón para tranquilizar los ánimos de cualquier viajero; para el recogimiento de aquellos que quieran alejarse *del mundanal ruido*; para la oración o la meditación, en un mundo como el que vivimos absorbidos por las prisas o por los ruidos que no nos permiten profundizar en nuestras interioridades; los franciscanos siempre han sido verdaderos maestros en la búsqueda de lugares para el recogimiento.



Fachada del convento y de la iglesia de los franciscanos

La visita al evocador convento abulense ha sido pactada de antemano por nuestro previsor guía y a las puertas del mismo nos recibe el hermano Carlos, hombre de mediana edad y grandes conocimientos del arte que las *Salas del tesoro* conserva. En la zona más reservada, en tres estancias muy bien acondicionadas se exponen lo poco de valor (que es mucho) que se ha podido reunir de los distintos conventos –hoy clausurados– de estos pobres monjes dedicados a la oración y a las obras de caridad con los más desfavorecidos. En un recorrido dirigido por el hermano Carlos, vamos degustando la belleza de antiguos ropajes litúrgicos de distintos países del mundo a donde estos monjes llegaron en su afán evangelizador, distintos cálices de franciscanos ilustres, tallas de

marfil traídos de Filipinas, relicarios de santos desconocidos traídos desde las mismas catacumbas romanas y un sin fin de recuerdos, todos ellos dignos de admirarse por su valor más sentimental e histórico que por el propio valor de los metales nobles en que están confeccionados o labrados algunos objetos.

El punto culminante de nuestro viaje, naturalmente, es la visita al altar donde en una urna de de mármol de Cuenca se encuentran los restos mortales del Santo, diseñado por Ventura Rodríguez, guardada por dos hermosas estatuas de alabastro que representan a la Fé y a la Caridad, obra del escultor Francisco Gutiérrez, en cuyos trabajos de ornamentación también intervino el pintor Francisco Bayeu, con dos cuadros para los laterales del altar, representando las imágenes de san Pedro Bautista y san Pascual Bailón –otros dos santos franciscanos–. Sabemos que la dirección de la obra corrió a cargo del franciscano fray Vicente de Estremera. Entre 1786 y 1789, costado por los reyes y bajo la dirección del arquitecto Francisco Sabatini, fueron modificados algunos elementos ornamentales, siendo reemplazados por otros de bronce sobredorados a fuego, para darle más realce monumental.

Con corazón encogido frente a tantas muestras de fe como atesora el pequeño convento franciscano; con los ojos conservando aún la imagen de la urna funeraria del santo renovador y andarín, salimos de nuevo al amplio y cuidado atrio que forman los dos edificios. La tarde va cayendo y el frescor del paradisíaco lugar nos señala que ha llegado la hora de partir antes de que la noche envuelva con su manto los valles y montañas que han sido nuestro deleite en este interesante viaje. Bajo un gigantesco castaño, como queriéndonos señalar una vez más el santo franciscano la insignificancia de nuestras vidas, nos despedidos de algunos viajeros y el resto regresamos a Madrid. El viaje ha valido la pena. Buena suerte peregrinos.



